

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

VEN, ESPÍRITU DIVINO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Hechos 2, 1-11; I Corintios 12, 3b7.12-13; Juan 20, 19-23



1. Los domingos de Pascua se han ido pasando. El domingo último era ya la solemnidad de la Ascensión del Señor a los cielos y, con la fiesta de hoy, la solemnidad de Pentecostés, terminamos la celebración de la cincuentena pascual.

Después de haber celebrado, durante cincuenta días, la victoria de Jesús sobre la muerte, después de la Ascensión, contemplamos hoy y alabamos en la Iglesia la entrega que el Resucitado hizo de su Espíritu a los suyos. Y lo hace para que puedan participar de su misma vida, para fortalecer el nuevo Pueblo de Dios, que su Iglesia, y para poder llevar a cabo su mandato: *id al mundo entero y predicad el Evangelio*.

2. La carta a los romanos dice que la creación entera *abriga la esperanza de compartir, libre de toda corrupción, la espléndida libertad de los hijos de Dios*. Dios ha puesto en toda la creación, y de modo muy particular en el hombre, un deseo de perfección y de felicidad que este mundo no puede hacerlo realidad. Es verdad que no siempre siente el hombre este dese de manera consciente, pero en el fondo de su alma está. En ese sentido, hay que interpretar estas conocidas palabras de san Agustín: *nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*. También van en la misma línea frases del Antiguo Testamento que manifiestan un deseo de perfección y felicidad. Un ejemplo de ello es la oración de Moisés: *ojalá quiera Dios que toda la gente del pueblo sea profeta y que el Señor ponga su Espíritu sobre ellos*. Otro ejemplo es la expresión del profeta: *ojalá desgarrases el cielo y bajases*.

Tales deseos fueron y son gozosa realidad con la Pascua de Resurrección, que culminó y culmina su celebración con la venida del Espíritu Santo y su celebración anual. Jesús había prometido enviar su Espíritu: *y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros*. La tercera persona de la Santísima Trinidad será su Consolador ante la ausencia física de Cristo y ante tanto sufrimiento como pasarían los apóstoles de todos los tiempos para

anunciar el Evangelio. Pero, además de ser su consuelo, les enseñará todo lo que el Maestro les había dicho: *mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.*

3. El Espíritu que les promete es el mismo Espíritu que fecundó las entrañas virginales de María, haciendo que el Hijo unigénito de Dios Padre tomara carne humana y acampara entre nosotros, empezando a ser verdadero Hombre sin dejar de ser Dios y, por ello, siendo a la vez Hijo de Dios, desde la eternidad, e Hijo de la Santísima Virgen, en el tiempo. Es el mismo Espíritu que descendió sobre Jesús en su bautismo y lo ungió para llevar a cabo su misión salvífica. Al comienzo de su vida pública, en la sinagoga de Nazaret, Jesús lee este pasaje del profeta Isaías: *el Espíritu del Señor está sobre mi, porque me ungió, para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor.* Y delante de sus paisanos afirmó con toda claridad: *hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.* Por consiguiente, Jesús es el Hijo eterno del Dios.

La primera lectura proclamada nos ha narrado el gran acontecimiento de Pentecostés, la venida del Espíritu Santo prometido por Jesús. El Espíritu Santo iluminó el entendimiento de los Apóstoles en las verdades de la fe, y los transformó de ignorantes, en sabios. Fortificó también su voluntad, y de cobardes los transformó en valerosos defensores de la doctrina de Cristo que todos sellaron con su sangre.

4. Pero el Espíritu Santo no descendió sólo para los Apóstoles, sino para toda la Iglesia. Él es el defensor y el alma de la Iglesia: la enseña, ilustrándola e impidiendo que se equivoque; la defiende, librándola de las asechanzas de sus enemigos; la gobierna, inspirándole lo que debe obrar y decir; la santifica con su gracia y sus virtudes. Esto que hace con la Iglesia, el Espíritu Santo lo hace con cada uno de los bautizados. El día de nuestro bautismo empezamos a ser templos suyos, y el día de nuestra confirmación nos colmó con sus siete dones.

Según el relato de Pentecostés escuchado, fruto de la acción del Espíritu divino fue que los hombres dispersos en muchas lenguas comenzaran a escuchar las maravillas de Dios que los apóstoles les predicaban en su humilde dialecto. También el Espíritu nos envía a todos los cristianos, al mundo en que vivimos, para ser testigos de Jesucristo, anunciar la buena nueva de la salvación de Dios e instaurar en medio de la historia el Reino de Dios. Hemos de renovar, en este gran día, nuestro compromiso bautismal de ser apóstoles de verdad allí donde nos encontremos. Con razón, en la Iglesia en España, se celebra en esta fiesta el Día de la Acción Católica y del Apostolado seglar. El deber de hacer apostolado no es menor en el seglar que en el sacerdote.

5. A la Virgen, esposa de Dios Espíritu Santo y reina de los apóstoles, le pedimos que ruegue por nosotros.